

## “Miguel Espinosa: una pasión contenida”

Francisco Carles Egea

Diario *La Verdad*, 3 de abril de 1982

“Como para mantenernos alerta en la desgracia, se nos acaba de morir, también como del rayo, este otro Miguel nuestro, el de la prosa pulida, el lento artesano, el amador de principios.

Espinosa escribió –él lo ha dicho-, sufriendo. Tal sucede a todo el que tiene genio; el estilo ya no es sólo el hombre –como querían los clásicos-, sino que se impone al hombre. En más de una ocasión, Miguel me contaba que cuando escribió *Escuela de mandarines* se atuvo como modelo a Cervantes (“un modelo muy alto para que, quedándome corto, tuviese altura a mi vez”). Y *La tríbada falsaria* es declarada por su autor como un “Theologiae tractatus”, no sé si aspirando esta vez al modelo de Wittgenstein, al de los padres de la Iglesia, o lo que es más fácil, al de Miguel Espinosa.

Porque todo escritor acaba por descubrirse un día a sí mismo. Miguel ya lo había hecho, con plena lucidez. Ese descubrimiento suele venir acompañado de la tentación a creer en la inutilidad de la propia escritura. Creo que Espinosa, que estuvo largamente en ella, ya estaba superando esta etapa.

Escribía poco, pero bien. No amaba la escritura como oficio, sino como sacrificio. No quería ser escritor de escaparate, sino de trastienda. Tenía vocación de inmensa minoría. No despreciaba a los hombres, pero gustaba de alejarse un poco de ellos para pensarlos mejor. Amaba a las mujeres, pero se empeñaba en entenderlas.

Lo suyo era pararse en un portal con un amigo dilecto (como él diría), y hablar despacio y seguido durante varias horas del ente, lo entitativo, la entidad y la inidentificación, a través de lo expresado, lo designante y lo mostrado.

El discurso de Miguel era su otra forma de escribir, que remitía a su única manera de ser. Era pura interioridad. Le pesaba la acción. De ahí la morosidad de sus gestos, la parsimonia de su habla, su aire de cansera, su continua mirada hacia dentro.

Un día le dije que la secreta seducción de su prosa estaba en el uso abusivo que hacía de los participios, con lo que cada sujeto de la acción era sorprendido por el narrador en

el tiempo inacabado en que cometía una acción o era víctima de la misma, fundiendo así en un solo término a sujeto y verbo, nombre y acto, condición y tiempo.

Espinosa era un revolucionario sentado, un místico pasota, un explorador de los sótanos de la conciencia, un apasionado reflexionante, una víctima de la magia enloquecedora de las palabras”.